

# CATALUÑA POR FRANCO

Por ISMAEL HERRAIZ

BARCELONA ha visto toda la profunda zona de lo que la Falange ha borrado sobre la antigua existencia nacional; todo aquello que, insolidariamente, representamos como generación y como sistema ante el presente de España y ante la aventura que en su nombre proyectamos, y nos ha sido confirmado de manera absoluta en ese viaje que el Caudillo cumplió por tierras catalanas.

De repente hemos palpado, en nuestras más inmediatas sensaciones, que todo el mundo de prejuicios y de inconvenientes con que nos habían montado para el criterio la diversidad española, era una pintura totalmente falsificada de la auténtica e irreprimible vena nacional. Ha resultado ante Franco que todo era igual como lo soñaba nuestro anhelo y, por tanto, absolutamente distinto de aquello que nos había sido descrito. Cataluña es una fase más de la vida española, y el catalán—contemplado dentro de la colectividad nacional—era un hombre tan disperso de la unidad española como pudiera serlo un hombre de la Agrupación Radical Socialista o un chico de la J. A. P. Tan disperso como ellos, pero de ninguna manera más.

No había empresa, razón ni módulo capaz de atraer a una común tarea a toda la muchedumbre catalana, como no existía razón alguna que integrara en formas intensas de Estado la ruptura habitual de los partidos políticos. Cataluña era una forma cualquiera de la pluralidad política española y de la falta de impulso total para encontrar una soldadura concluyente.

El viaje de Francisco Franco, vencedor de la guerra con el Ejército y con la Falange, ha puesto de relieve—hablamos siempre, como es natural, para los hombres de nuestra generación—la artificiosidad que cimentaba todas las taras hispánicas. Con destino español, con empresa definida y clara, no hay posibilidad de estas dispersiones periféricas. En nosotros, este criterio representa una coincidencia de la Historia con el sacrificio de la mejor sangre reciente de España.

Franco apareció ante Cataluña con su joven caudillaje, desprovisto de todo aquello que es anterior al heroísmo de la revolución y de la guerra. Todas las afirmaciones más capaces de operar sobre zonas justificadamente odiosas para el conservadurismo tuvieron en su boca una oportunidad y un olvido. Hasta las pistolas anarquistas, rebeldemente encendidas contra aquello y lo otro en todas las esquinas de Barcelona, pudieron encontrar una explicación en el criterio del Jefe de la revolución nacionalsindicalista e, incluso, un elogio en la citación del glorioso comandante del Tercio. Dos días más tarde, Badalona—cuna del anarquismo español—recibía de una manera delirante al Caudillo...

Cataluña fué elegida por Franco como ambiente y eco imprescindible de las afirmaciones políticas más concretas. Todo lo que es y lo que representa el Alzamiento español desde sus jornadas iniciales hasta esta realidad angustiosa de nuestra marcha política, fué examinado sin veladuras del pensamiento y sin grandes contenciones verbales. Se llamó a cada cosa por su nombre, y a la Falange por el suyo... Después de aquel magnífico desfile de soldados y falangistas, paseo de Gracia abajo, cara al mar, todo el bloque inamovible que Ejército y Pueblo—pueblo en su forma más cristalizada y pura: el Partido—ofrecen a la esperanza de España, apareció a la consideración de todos los hombres de buena fe como una necesidad y como un mandato.

Hora a hora, la presencia del Caudillo—acompañado por el Ministro Secretario General del Partido, José Luis Arrese—en ciudades y campos de Cataluña era rodeada por una mayor eclosión de entusiasmo y de fervor. Todavía en las horas primeras, la capital de Cataluña no había salido de su estupor, y fué el flamear de miles de banderas y el paso de batallones y centurias lo que obró en el alma de las gentes con la fuerza estruendosa del redoble de un tambor. Cuando en la tribuna del paseo de Gracia, Franco se adelantó al micrófono, la hermosa avenida y las calles inmediatas eran una marea excepcional y rugiente, que había despertado a la convocatoria y a la orden del Caudillo de España.

Sin embargo, para los que seguimos la ruta delirante que flanqueó la marcha de Franco a través de Cataluña, acaso no haya existido un espectáculo más revelador que el que va de la asombrosa demostración juvenil de Sabadell al paso del Caudillo entre dos filas anchísimas de hombres de Barcelona, a lo largo de los cuatro kilómetros del Paralelo. En el campo de deportes de Sabadell apareció, sencillamente, una de las formaciones juveniles más perfectas y disciplinadas que cabía soñar en el breve camino de la paz. Y entonces, cualquier espectador un poco más enraizado, para su desventura, con las viejas historias de la escisión nacional y de la política de un tiempo marchito, hubiera podido preguntarse qué relación posible pudieran encontrar en la actual vida de España aquellas formaciones de "escamots" y estas apretadas filas de los hombres de la Falange. Lo artificioso, lo postizo no podía encontrar referencia jamás con esta verdadera presencia que recogía por encima de los años de dispersión y de abandono el hilo de la mejor historia. Cataluña, con Franco y por España, era un grito imborrable entre el estrépito que los años cobardes exhibieron para nuestro engaño.

Cabía pensar, también, ante el hecho y ante la inmediata demostración proletaria que desfiló por la Gran Vía Layetana, en qué fundan los enemigos de la Falange su rencor. Cuando el Ministro del Ejército—el bilaurado General Varela—estrechó la mano del instructor de los chicos de Sabadell había el orgullo y la confianza del Jefe que sabe que aquellos reclutas no serán sospechosos el día que crucen la puerta de los cuarteles. Ir ganando, cuando menos, la seguridad nacional de las generaciones que habrán de seguirnos en el disfrute y en la tarea de España es misión que nadie podrá negar a la Falange.

Y hasta una consecución más inmediata—el retorno del proletariado al seno y a la confianza de la Patria—demostró en el reciente viaje del Caudillo que es empresa factible, ya que no fácil. El encauzamiento de las innegables vigencias revolucionarias dentro de márgenes nacionales absolutas, demostró en Barcelona su eficacia. La conquista de la Patria, en nombre de una apetencia nacional, frente a su negación en nombre de todos los rencores marxistas, puede ser alcanzada... La magnanimidad de Franco, la claridad de nuestra doctrina revolucionaria y el volumen absoluto de la gloria militar que decidió al otro lado del Ebro la partida, son elementos suficientes para juzgar cuáles han sido los motivos que han dado a Franco una aureola triunfal de multitudes a lo largo de todas las tierras catalanas. Las palabras de nuestro Jefe Nacional—que no puede engañarnos ni engañarse—son la única fórmula posible. Fuera de ellas, Cataluña y el resto de España sería de nuevo campo abierto a la atomización política y social. De su cumplimiento todos somos responsables, y sólo sus normas deben orientar la esperanza y la fe de cada día.